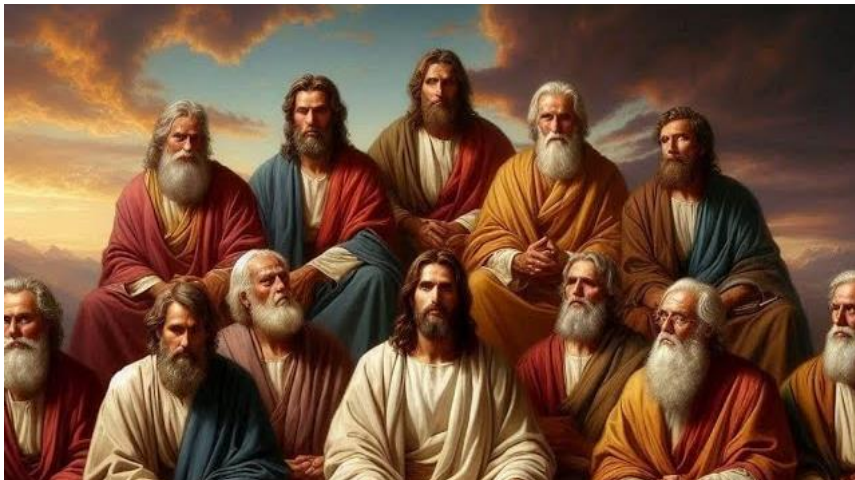


DOMINGO V DE PASCUA

CICLO A

2ª Lectura (1 P. 2, 4-9)



“Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real”

«Queridos hermanos: Acercándoos al Señor, la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios, también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo.

Dice la Escritura:

“Yo coloco en Sion una piedra angular, escogida y preciosa; el que crea en ella no quedará defraudado”.

Para vosotros los creyentes es de gran precio, pero para los incrédulos es la piedra que desecharon los constructores: ésta se ha convertido en piedra angular, en piedra de tropezar y en roca de estrellarse. Y ellos tropiezan al no creer en la palabra: ése es su destino.

Vosotros, en cambio, sois una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa.» (1 P. 2, 4-9).

“**Acercándoos al Señor, la piedra viva**”: Tu aproximación a las cosas de este mundo endurecen tu corazón:

«Guardaos de que **no se hagan pesados** (duros) **vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida.**» (Lc. 21, 34).

Pero tu “*acercamiento al Señor*” diviniza tu corazón:

«ACERCAOS A ÉL.

Los que se adhirieron al Evangelio, renacidos de una semilla incorruptible, forman un linaje elegido y estimado. Al mismo tiempo han quedado convertidos en piedras vivas, edificados sobre la piedra viva, elegida y estimada, sobre el fundamento de los apóstoles y profetas. Se ofrecerán como hostias espirituales para edificar para Dios una casa espiritual, a la cual son conducidos.» (DÍDIMO EL CIEGO, Breve Exposición sobre la Primera Carta de S. Pedro; PG 39, 1762).

Todos los que deseáis participar de la vida, “*acercaos*” a “*la piedra viva*”. “*Piedra*” porque es sólida, y “*viva*” porque da la vida y vitaliza.

La imagen de “*piedra*”, referida a Cristo Jesús, está muy socorrida en la Sagrada Escritura:

«¿No habéis leído esta Escritura: La **piedra** que los constructores desecharon, en **piedra angular** se ha convertido?» (Mc. 12, 10).

«**Él es la piedra** que vosotros, los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en **piedra angular.**» (Hech. 4, 11).

«Tropezaron contra la **piedra de tropiezo**, como dice la Escritura: He aquí que pongo en Sion **piedra de tropiezo** y **roca de escándalo**; mas el que crea en él, no será confundido.» (Rom. 9, 32-33).

«Ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo **la piedra angular Cristo mismo.**» (Ef. 2, 19-20).

Pero la imagen doctrinal de esta “*piedra*” no es como las demás piedras, ésta es “*piedra viva*”: expresión que parece aludir al pedernal,

pues friccionándola saltan chispas; sin embargo, la intencionalidad teológica es que esta piedra no es como las demás piedras, ésta es una “*piedra viva*”, espiritual. Por tanto, muy bien se puede concluir que S. Pedro hace alusión al Cuerpo Místico de la Iglesia:

*«La piedra angular (es) Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un **templo santo en el Señor**, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu.» (Ef. 2, 20-22).*

*«Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el **Cuerpo** recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor.» (Ef. 4, 15-16).*

“Desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios”: S. Pedro tiene presente en esta expresión el libro de los Salmos:

«La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido; esta ha sido la obra de Yahveh, una maravilla a nuestros ojos.» (Sal. 118, 22-23).

Los hombres van buscando la solución al problema de su vida fuera de la solución, fuera de Cristo Jesús: todos lo desechan, pero Dios lo ha escogido como remedio redentivo al naufragio de la humanidad:

*«El Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser **reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas**, ser matado y resucitar a los tres días.» (Mc. 8, 31).*

*«Él es la piedra que vosotros, **los constructores, habéis despreciado** y que se ha convertido en piedra angular.» (Hech. 4, 11).*

Con la expresión “*constructores*” se está haciendo alusión a las autoridades judías. No han sabido construir con buenos materiales, pues rechazaron el mejor de todos los materiales, el Mesías. Pero también rechaza a Cristo Jesús el pueblo judío en pleno:

*«Como relámpago fulgurante que brilla de un extremo a otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su Día. Pero, antes, le es preciso padecer mucho y ser **reprobado por esta generación**.» (Lc. 17, 24-25).*

Sin embargo, S. Pedro se refiere no sólo a las autoridades judías y al pueblo judío en general, sino también a toda la humanidad: “*pedra viva desechada por los hombres*”.

«LOS QUE LE RECHAZAN.

Serán reprobados justamente por Cristo el día de su venida, pues no quiere recibir en la edificación de su casa, que está en los cielos, a quienes le reprobaron a Él; lo mismo que ellos le reprobaron en sus obras, no queriendo ponerle como cimiento de sus corazones.» (S. BEDA, Comentario a la Primera Carta de S. Pedro; PL 93, 50).

Por tu parte, mi querido hermano, no vayas tras soluciones humanas. “*Acércate*” a la solución divina. Trabaja en la cantera de rocas vivas. En esas que van formando el edificio del amor, la Iglesia.

No te engañen los sucedáneos divinos. A Dios no se le puede suplantar. No basta tu familia para hacerte feliz, ni el placer, ni el honor, ni el dinero, ni cosa alguna. Sólo Dios basta para saciar el hambre de Dios.

“También vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu”: Los fieles participan de la vida divina de Cristo, y por eso son también ellos “*piedras vivas*”, que, al acercarse a Cristo, quedan incorporados a la Iglesia, que se describe como “*edificio espiritual*”:

«UN EDIFICIO.

El templo edificado por Cristo es su Iglesia Católica, en la que Él reúne en el único edificio de su fe y de su caridad, a todos los creyentes del orbe como piedras vivas.» (S. BEDA, Homilias sobre los Evangelios, 2, 24; CCL 122, 364).

No te puedes confundir con las edificaciones de los templos materiales, aunque sean para el mismo Dios:

«Así dice Yahveh: Los cielos son mi trono y la tierra el estrado de mis pies, Pues **¿qué casa vais a edificarme**, o qué lugar para mi reposo, si todo lo hizo mi mano, y es mío todo ello?» (Is. 66, 1-2).

«**El Altísimo no habita en casas hechas por mano de hombre** como dice el profeta: El cielo es mi trono y la tierra el escabel de mis pies. Dice el Señor: **¿Qué Casa me edificaréis? O ¿cuál será el lugar de mi descanso?**» (Hech. 7, 48-49).

«“Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.” Jesús le dice: “**Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorareis al Padre.**”» (Jn. 4, 20-21).

“Formando un sacerdocio sagrado”: S. Pedro tiene en mente con esta expresión un texto del libro del Éxodo:

«Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; **seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.**» (Éx. 19, 5-6).

Este texto del Éxodo lo citará un poco después en el verso 9 de este mismo pasaje.

El templo está destinado a un “**sacerdocio sagrado (santo)**”; es decir, los cristianos son al mismo tiempo templo y sacerdocio. Toda la Iglesia se convierte así en intermediaria entre Dios y los hombres, como un “**sacerdocio sagrado**”:

«Y vosotros seréis llamados **“sacerdotes de Yahveh”**, “**ministros de nuestro Dios**” se os llamará.» (Is. 61, 6).

“Para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo”: De la misma manera que los sacerdotes son los intermediarios entre Dios y el pueblo, la Iglesia, no individual, sino colectivamente, tiene que ser la intermediaria entre la humanidad y Dios, sustituyendo en esta misión al pueblo judío, cuyas prerrogativas hereda (v. 9).

Quedan suprimidos los sacrificios animales del pueblo judío y los sacrificios idólatras de los gentiles. Ahora la Iglesia ofrece “*sacrificios espirituales*”:

«Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que **ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual.**» (Hech. 12, 1).

«Ofrezcamos sin cesar, por medio de él, a Dios un **sacrificio de alabanza**, es decir, el fruto de los labios que celebran su nombre. No os olvidéis de **hacer el bien** y de **ayudaros mutuamente; éstos son los sacrificios que agradan a Dios.**» (Hebr. 13, 15-16).

«Porque yo **quiero amor**, no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos.» (Os. 6, 6).

“**Dice la Escritura**”: Al carecer de artículo gramatical el texto original, no se podría traducir “*dice la Escritura*”, como traduce el texto litúrgico, sino más bien: “*está escrito*”. Por tanto, lo que dice a renglón seguido puede estar en la Sagrada Escritura, o puede estar en otros textos fuera de la Sagrada Escritura, como en himnos cristianos, escritos piadosos...

“**Yo coloco en Sion una piedra angular, escogida y preciosa**”: Esta nueva ciudad, nueva Sion, la Iglesia, está fundamentada sobre una piedra angular, Cristo Jesús, cuyo soporte no defrauda a nadie que de ella se fie.

La “*piedra angular*” es la piedra que cierra los arcos de la bóveda y da cohesión a todo el edificio. Sin esta piedra, todo el edificio se viene a tierra, pues carecería de sujeción. El nuevo edificio de la Iglesia, levantado por Cristo Jesús, tiene piedra angular, por tanto, no se vendrá abajo; pero el edificio de la antigua Sion, pueblo judío, al rechazar la piedra angular, se vino por tierra miserablemente. Y ahí sigue caído después de los 2.000 años que llevan rechazando a Dios, y seguirá caído para siempre, aunque sí pueden levantarse los judíos que se conviertan, si se incorporan a la Iglesia de Cristo Jesús.

Esta “*piedra angular*” no la puede escoger o inventar cualquier advenedizo, sea judío o sea pagano, esta piedra sólo puede ser “*escogida*” por el Arquitecto de todo edificio llamado a perdurar por los siglos.

Esta “*pedra angular*” no tiene roña de homicidios y otras maldades, sino que es “*preciosa*”, divina, Cristo Jesús.

“El que crea en ella no quedará defraudado”: Fundamentar el edificio de la vida espiritual en Jesús es triunfar sin posibilidad de fracaso alguno. La calidad de esta piedra está probada, es de garantía total. Puedes confiar totalmente en Cristo Jesús.

Desconfía de toda otra seguridad pétreo, incluso de ti mismo, a la hora de levantar tu edificio trascendente, pues no hay otra seguridad que sea fiable, fuera de Cristo Jesús.

“Para vosotros los creyentes es de gran precio”: Tiene tal valor esta “*pedra angular*”, que sin ella el edificio caería deshecho por tierra. Y “*los creyentes*” la valoran por el “*gran precio*” que saben que vale. Los incrédulos se creen que su edificio terreno se mantendrá sin la “*pedra angular*”. ¡Qué cosas creen los incrédulos!

“Pero para los incrédulos es la piedra que desecharon los constructores”: Al desechar los “*incrédulos*” la “*pedra angular*”, está diciendo S. Pedro que con este desacierto todo su edificio construido por la humanidad caerá por tierra miserablemente, como así ocurrió ya con la caída de Jerusalén, el año 70, con el asedio de Tito, hijo de Vespasiano.

Quiere decir S. Pedro que la construcción de este mundo con esquemas mundanos no se mantendrá, caerá y no se levantará jamás, pero Dios hará un cielo nuevo y una tierra nueva donde habite la justicia:

«Pues he aquí que yo creo cielos nuevos y **tierra nueva**, y no serán mentados los primeros ni vendrán a la memoria.» (Is. 65, 17).

«Los cielos nuevos y la **tierra nueva** que yo hago permanecen en mi presencia.» (Is. 66, 22).

«Esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y **nueva tierra, en los que habite la justicia.**» (2 P. 3, 13).

«Vi un cielo nuevo y una **tierra nueva** –porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya.» (Ap. 21, 1).

“Ésta se ha convertido en piedra angular, en piedra de tropezar y en roca de estrellarse”: La cita aporta un nuevo cambio de metáfora. Cristo ya no es la “*piedra angular*”, sino que ahora es la “*piedra de tropezar*”. La idea central es que frente a Cristo no cabe la indiferencia:

«**El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama.**» (Mt. 12, 30).

«**Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción.**» (Lc. 2, 34).

La sociedad religiosa judía tropieza en Cristo y se deshace, para dejar paso a una nueva sociedad religiosa, el cristianismo, que hereda y lleva a su plenitud trascendente los privilegios de la anterior sociedad religiosa (v. 9).

El destino de los que no creen en Jesús es tropezar y estrellarse. No pueden obviar esta piedra y pasar de largo:

«**Tropiezan y caen, y nosotros nos mantenemos en pie.**» (Sal. 20, 9).

S. Pedro está aludiendo en este momento al profeta Isaías:

«**Será un santuario y *piedra de tropezar* y *peña de escándalo* para entrambas Casas de Israel; lazo y trampa para los moradores de Jerusalén.**» (Is. 8, 14).

«**Como dice la Escritura: He aquí que pongo en Sion *piedra de tropezar* y *roca de escándalo*; mas el que crea en él, no será confundido.**» (Rom. 9, 33).

“Y ellos tropiezan al no creer en la palabra: ése es su destino”: Desconcierta esta aparente predestinación del pueblo judío apostatando de la verdad y perdiéndose para la posteridad.

Indudablemente que S. Pedro no está profetizando sobre el “*destino*” individual de los judíos, sino del pueblo judío como entidad jurídica. El judaísmo desaparecerá para dar paso al cristianismo. Cuando los judíos se conviertan, no será resucitado el judaísmo, sino que se incorporarán a la Iglesia de Cristo Jesús. Y esto por decisión previa de Dios desde

toda la eternidad. No es el judaísmo lo que Dios propone para la eternidad, sino el cristianismo. El judaísmo tuvo lugar durante el tiempo previo al cristianismo, pero no le trasciende.

“Vosotros, en cambio, sois una raza elegida”: El pueblo cristiano, la Iglesia, es el verdadero pueblo elegido por Dios, no el pueblo judío; de no ser que el pueblo judío también se haga cristiano.

S. Pedro sigue teniendo en cuenta textos de la Sagrada Escritura, así como otros que desconocemos:

«Pondré agua en el desierto (y ríos en la soledad) para dar de beber a mi **pueblo elegido**.» (Is. 43, 20).

“Un sacerdocio real”: El cristiano tiene una misión doble: sacerdotal y regia. Lo recuerda S. Pedro a partir del texto del Éxodo:

«Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un **reino de sacerdotes** y una nación santa.» (Ex. 19, 5-6).

«Ha hecho de nosotros un **Reino de Sacerdotes** para su Dios y Padre, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.» (Ap. 1, 6).

«Has hecho de ellos para nuestro Dios un **Reino de Sacerdotes**, y reinan sobre la tierra.» (Ap. 5, 10).

La separación salvaje que hace el secularismo moderno, aunque necesaria dada la maldad del corazón humano, de desvincular lo sagrado de lo regio, queda ahora integrado por gracia de Dios en una misteriosa unidad en cada corazón cristiano:

«TODOS LOS CREYENTES SON UNGIDOS.
El apóstol S. Pedro llama a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, **“pueblo santo, sacerdocio real”**. En efecto, entonces era ungido solamente un único sacerdote; ahora son ungidos todos los cristianos.» (S. AGUSTÍN, Sermón, 198A; RB 84, 259).

«TODOS LOS CRISTIANOS SON SACERDOTES.

El signo de la cruz ha hecho reyes a todos los regenerados en Cristo y la unción del Espíritu Santo los consagra sacerdotes.» (S. LEÓN MAGNO, Sermón, 4, 1; CCL 138, 16).

“Una nación consagrada”: El cristiano está consagrado de por vida a las cosas celestes.

«Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.» (Éx. 19, 5-6).

«UNA NACIÓN SANTA.

Cuando el que engendra tiene ambos principios (regio y sacerdotal), es necesario que también ellos (los hijos engendrados) posean la dignidad real por proceder de un rey y la dignidad sacerdotal por proceder de un sacerdote. Por esto son llamados también una nación santa porque los llamó el que es santo, diciéndoles: “Sed santos” (1 P. 1, 16).» (DÍDIMO EL CIEGO, Catena; CEC 53).

“Un pueblo adquirido por Dios”: Para adquirir este “pueblo”, la Iglesia, Cristo Jesús tuvo que pagar con su sangre:

«Vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos.» (Éx. 19, 5).

«Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo.» (Hech. 20, 28).

Tiene tal valor el cristiano que el mismo Dios derramó su sangre para reincorporarlo a la familia del cielo.

“Para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa”: Has sido adquirido por Dios, a precio de su propia sangre, con la finalidad de extender a otros el mensaje de salvación durante el tiempo terreno, y de participar de “su luz maravillosa” en la eternidad.

El que “*nos llamó*” tiene una entidad sagrada y exige una respuesta acorde a su entidad:

«*Así como **el que os ha llamado es santo**, así también vosotros **sed santos** en toda vuestra conducta.*» (1 P. 1, 15).

«*El Dios de toda gracia, el que **os ha llamado** a su eterna gloria en Cristo, después de breves sufrimientos, os restablecerá, afianzará, robustecerá y os consolidará.*» (1 P. 5, 10).

La llamada divina tiene una doble vertiente:

- a) “*Salir de la tiniebla*”.
- b) “*Entrar en su luz maravillosa*”.

Se trata de la conversión: abandono del pecado e inmersión en la gracia de Cristo Jesús:

«*Que se conviertan **de las tinieblas a la luz**, y del poder de Satanás a Dios; y para que reciban el perdón de los pecados y una parte en la herencia entre los santificados, mediante la fe en mí.*» (Hech. 26, 18).

«*En otro tiempo **fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz** en el Señor.*» (Ef. 5, 8).

Es doctrina del profeta Isaías:

«*Haré andar a los ciegos por un camino que no conocían, por senderos que no conocían les encaminaré. **Trocaré delante de ellos la tiniebla en luz**, y lo tortuoso en llano.*» (Is. 42, 16).

3ª Lectura (Jn 14, 1-12)



“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”

«En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: –No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, si no, os lo habría dicho, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y a donde yo voy, ya sabéis el camino.

Tomás le dice: –Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?

Jesús le responde: –Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.

Felipe le dice: –Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Jesús le replica: –Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre.» (Jn. 14, 1-12).

“No perdáis la calma”: Aunque Jesús estaba turbado por lo que le venía encima, sin embargo, interviene alentando a sus discípulos, pues estaban tensionados por el anuncio de la traición de uno de ellos (Judas), por las negaciones de otro (Pedro) y por la dispersión de todos:

*«Cuando dijo estas palabras, Jesús se turbó en su interior y declaró: “En verdad, en verdad os digo que **uno de vosotros me entregará.**”» (Jn. 13, 21).*

*«En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes que tú me hayas **negado tres veces.**» (Jn. 13, 38).*

*«Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche, porque está escrito: Heriré al pastor y **se dispersarán las ovejas del rebaño.**» (Mt. 26, 31).*

Era necesario alentar a los discípulos, y por ello Jesús anuncia las promesas temporales haciendo sus discípulos obras mayores que las suyas, y la recompensa de eternidad ocupando moradas preparadas por el mismo Jesús.

Jesús poco después vuelve a reconfortar a sus discípulos con su paz:

*«Os dejo la paz, **mi paz os doy**; no os la doy como la da el mundo. **No se turbe vuestro corazón ni se acobarde.** Habéis oído que os he dicho: “Me voy y volveré a vosotros.” Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más grande que yo.» (Jn. 14, 27-28).*

Es desde la paz desde donde Dios puede construir su Iglesia. La turbación de ánimo es campo abonado para sembrar el demonio su cizaña. Ni la tribulación, ni la persecución, ni tus propios pecados deben quitarte la paz. Jesús exhorta a sus discípulos que no pierdan la paz después de su deserción, de su pecado. Tu pecado no es razón suficiente para perder la paz en Dios, aunque sí para arrepentirte y solicitar a Jesús su perdón y su amor.

“Creed en Dios y creed también en mí”: La igualdad de Jesús con el Padre exige la adhesión a Jesús y a su mensaje, igual que al mismo

Padre. La increencia en Jesús presupone falsedad en la confesión del Padre: si se excluye al Hijo, se excluye también al Padre.

Quien no quiera perder la calma debe confesar a Cristo como confiesa al Padre, porque se acercan unos momentos decisivos para Jesús y sus apóstoles: Jesús será crucificado y los apóstoles dispersados: huirán.

“*Creed*”: La fuerza de esta expresión está más en la creencia en Jesús que en la creencia en Dios, pues los judíos ya creían en Dios, pero tenían sus dificultades para aceptar y creer en Jesús. El creer en Jesús supone el aceptar con amor y vivir con fe sus enseñanzas, su Evangelio, fundamentalmente sus bienaventuranzas.

Si los discípulos creen en Jesús, no se turbarán cuando se vaya al Padre, pues la *presencia visible* de Jesús en el tiempo en que estuvo con sus discípulos continuará mediante una *presencia invisible* por la fe. Este nuevo modo de estar Jesús con sus discípulos es más interior, reconfortante y eficaz. Los llenará de una alegría íntima que no es posible superar desde el exterior. Y mientras se prolonga la ausencia de Jesús “*hasta que vuelva*” (1 Cor. 11, 26), sus discípulos estarán sostenidos por su misteriosa presencia frutiva y operante.

“*En la casa de mi Padre hay muchas estancias*”: Jesús también estaba turbado ante la presencia de la pasión, pero ahora hace de consolador. Les anuncia una gran alegría: “hay cabida para todos en la casa del Padre”. El mismo Jesús será morador perpetuo con su Eterno Padre y sus amados discípulos. No debe, pues, turbarse el corazón del creyente. Jesús tiene una promesa gloriosa para sus discípulos:

«PREPARAR A LOS MORADORES.

En cierto modo [el Señor] prepara las mansiones (moradas) preparando moradores para ellas. Pues ¿qué pensamos que es la casa de Dios sino el templo de Dios, cuando dice: “En la casa de mi Padre hay muchas mansiones?” Pregunta al Apóstol cuál es este templo y te responde: “El templo santo de Dios, que sois vosotros” (2 Cor. 3, 17). Este es también el reino de Dios, que el Hijo ha de entregar al Padre... Entonces, a este reino, colocado a la derecha, se le dirá: “Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino” (Mt. 25, 34); es decir, quienes erais reino sin reinar, venid y reinad, para que lo que erais en esperanza lo seáis en realidad. Esta casa de Dios, este templo de Dios, este reino de Dios y reino de los cielos aún se está fabricando, aún se está construyendo, aún

se está preparando, aún se está congregando. En él habrá moradas, como las está preparando el Señor, y en él ya están las moradas según el mismo Señor las tiene predestinadas.» (S. AGUSTÍN, Tratados sobre el Evangelio de S. Juan, 68, 2; CCL 36, 498).

“*Muchas (πολλοί)*”: Es un número de estancias superior a todos, pues si los apóstoles son 12 y los discípulos 70, no llegan a un centenar. Todos serían 100 moradores para el cielo, pero muchas (las muchas moradas) es un colectivo que supera con creces a todos sus discípulos. Jesús ha querido consolar a los suyos diciéndoles que todos tienen lugar asignado en el cielo.

Por extensión, dígase lo mismo respecto del resto de la humanidad. Jesús tiene preparadas más estancias que moradores hay en la tierra: más que todos los hombres. Al mismo tiempo que se destaca una connotación de cantidad, la hay también de cualidad: las “*estancias*” preparadas por Jesús son grandiosas: ¡a lo Dios!

Las “*muchas estancias*” da a entender también una gran diversidad cualitativa de las estancias, además de su gran cantidad de ellas. No todas las “*estancias*” son iguales, no están clonadas. Es enorme la diferenciación cualitativa de unas moradas en relación con las otras, pues responde a la diferenciación cualitativa que hay de unos moradores a otros. No es igual la morada de la SS. Virgen María que la de cualquier otro mortal. No es igual la morada de S. Fco. de Asís que la de aquel pobre hombre pecador que vivió perdidamente durante toda su vida, pero llegó a salvarse a última hora por los pelos.

“*Si no, os lo habría dicho*”: En la hipótesis de que no hubiera muchas estancias libres en el Reino de los Cielos, Jesús habría avisado a los suyos para que se dispusieran por encima de todo otro y ocupar tan reducido mobiliario. Pero no es así. El corazón de Dios es magnánimo, en él tienen cabida todos los que quieran tener a Dios por Padre.

“*Y me voy a prepararos sitio*”: Cristo Jesús vuelve al cielo como quien retorna a su lugar, y se fue también para interceder por el hombre ante el Padre. Allí Jesús le ayuda al hombre mediante su gracia y la acción del Espíritu Santo en orden a que se haga digno de las moradas celestes.

Desde el momento en que Jesús subió al cielo, comenzó su obra salvífica desde el interior de las almas, mediante su gracia, pero

fundamentalmente mediante la gracia suprema de la Eucaristía y la acción del Espíritu Santo.

En este mismo instante en que estás leyendo estas letras, Cristo Jesús está preparándote a ti un trono de gloria para toda la eternidad: ¡confía, agradece, ama...!

La expresión “*y me voy a prepararos sitio*” parece como que Jesús, subiendo al cielo, tuviera como primera finalidad preparar la salvación de tu alma. Es como si quedara en un lugar posterior su unión con el Padre de los cielos, cosa que no es así, pero que Jesús al darle tanta importancia su ida al Padre, pareciera como si se eclipsase su unión trinitaria en relación con la importancia que reviste tu salvación eterna. Sabemos que no es así, que la entrada de Jesús en la bienaventuranza eterna tiene como primera función la vivencia unitiva trinitaria, pero ha querido enfatizar gozosamente la intencionalidad de la salvación de las almas con esta expresión: “*y me voy a prepararos sitio*”.

“Cuando vaya y os prepare sitio”: La separación de Jesús tendrá como primera tarea preparar sitio a sus seguidores, hasta que se llenen los tronos vacíos, pero esta separación tan sólo durará hasta el final de la historia. Te conviene, por tanto, que Jesús se vaya al Padre, aunque se queda contigo de un modo misterioso, pero real y eficaz.

“Volveré y os llevaré conmigo”: Jesús regresará en dos momentos:

1. Al final de la existencia terrena de cada hombre.
2. Al final del mundo: recogerá a sus seguidores que le permanecieron fieles.

En ambos momentos, cuando el hombre no es capaz de nada por sí y para sí mismo, allí estará presente Jesús para acogerlo y llevarlo consigo ante la presencia del Padre.

“Para que donde estoy yo estéis también vosotros”: Si a los discípulos les cuesta la partida de Jesús, a Jesús no le cuesta menos: quiere tener consigo a los suyos, como los suyos quieren tener siempre consigo a Jesús. Su amor sin medida le lleva a esperarte con ansias de acogerte en su Corazón. Jesús no concibe la eternidad sin ti. Tiene mayor deseo que tú por salvarte.

“Ya a donde yo voy”: Existe una trayectoria en la vida de Jesús que no puede ser desviada por otros derroteros. Inconfundiblemente Jesús camina hacia el Padre. No es bueno, por tanto, proyectar nuevas hipótesis viales. Jesús estableció uno y único camino: hacia el cielo, morada de su Padre.

“Ya sabéis el camino”: Jesús había indicado que se iba al Padre, pero el itinerario hasta llegar al Padre no lo tenían tan claro sus discípulos, aunque se lo acababa de indicar Jesús:

«“Os doy un mandamiento nuevo: **que os améis** los unos a los otros. *Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.*” Simón Pedro le dice: “Señor, ¿a dónde vas?” Jesús le respondió: “**Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde.**”» (Jn. 13, 34-36).

Anteriormente Jesús había indicado a sus discípulos su camino hacia el Padre:

«Entonces él dijo: “Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, y **me voy al que me ha enviado.**”» (Jn. 7, 33).

Les volverá a recordar Jesús en multitud de ocasiones el camino hacia donde dirige sus pasos:

«**Pero ahora me voy a Aquel que me ha enviado**, y ninguno de vosotros me pregunta: “¿Dónde vas?” Sino que por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré.» (Jn. 16, 5-7).

«**Sali del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre.**» (Jn. 16, 5-7).

El judío sabía que el camino para llegar a Dios era la Ley del Antiguo Testamento:

«*Dichosos los que **van por camino perfecto**, los que proceden en la ley de Yahveh... En el camino de tus dictámenes me recreo más que en toda riqueza.*» (Sal. 119, 1, 14).

Pero Jesús indica el camino del gran mandamiento del amor a Dios y al prójimo:

«*Os doy un mandamiento nuevo: **que os améis** los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros.*» (Jn. 13, 34).

Desde este amor-donación se llega a Jesús, y por Jesús al Padre; si falta el amor-donación la vida se torna farisaica, y del fariseísmo se pasa a lo diabólico.

No salvará la ley antigua con sus novilunios, sábados, sacrificios de animales, diezmos...; quien salvará será una persona concreta, y ésta divina, Cristo Jesús.

“*Tomás le dice: –Señor, no sabemos a dónde vas*”: Tomás le indica a Jesús que para conocer el camino que se debe llevar, habrá que conocer antes adónde se quiere llegar. El destino final indicará qué camino tomar.

Tomás no se ha enterado ni dónde va Jesús, ni por dónde. El camino, Jesús, es el único que desemboca en el Padre, los demás se pierden en la negación de Dios, en la privación de la libertad humana, en la negación de la felicidad.

“*¿Cómo podemos saber el camino?*”: Efectivamente, si no se conoce el fin, no se acertará con los medios para conseguir ese fin. Jesús le dirá a continuación a Tomás cuál es el camino y hacia dónde conduce:

“*Jesús le responde*”: La respuesta de Jesús a Tomás está abierta a los demás discípulos allí presentes, pero también a todas las generaciones futuras que quieren con eficacia alcanzar la salvación.

“*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*”: Son tres abstractos con realidad ontológica, personal. Son, pues, atributos divinos. Me explico: la blancura es un abstracto y no existe, aunque sí existen concretos (cosas)

blancos. Si existiese la blancura, sería divina, pues contendría en grado infinito todo lo blanco. La blancura no es más que un concepto lógico, pero no ontológico; es decir, existe en la mente, pero no en la realidad. Igualmente habría que decir del concepto abstracto de humanidad, animalidad... Pero encontramos una única excepción de abstracto que sí existe en la realidad, y por lo tanto ése tiene que ser Dios, pues contiene en grado infinito todas las perfecciones. En efecto, tiene existencia ontológica el ser divino (la divinidad), el camino, la verdad y la vida.

No hay más camino, ni más verdad, ni más vida que la de Jesús (= Dios). Jesús es un camino infinito, una verdad infinita, una vida infinita. Jesús es todo y el único camino de Dios, toda y la única verdad de Dios, toda y la única vida divina.

Otro camino diferente al cristiano, ni es verdad, ni conduce a la vida, porque camino, verdad y vida sólo anidan en Cristo Jesús. Aquí no valen hipótesis ni inventos taberneros.

El predicado principal en este hemistiquio es "*el camino*". Jesús es "*el camino*" hacia el Padre porque es "*la verdad*" y es "*la vida*". Jesús es toda la verdad de Dios, toda la vida de Dios. En Jesús está la salvación de Dios.

La doctrina del camino como vida aparece en el Antiguo Testamento en contraposición de todo otro camino, que lo sería de muerte eterna:

«Pongo hoy por testigos contra vosotros al **cielo y a la tierra**: te pongo delante vida o muerte, **bendición o maldición**. Escoge la vida, para que vivas, tú y tu descendencia.» (Deut. 30, 19).

«Porque Yahveh conoce el **camino de los justos**, pero el **camino de los impíos se pierde**.» (Sal. 1, 6).

«Me enseñarás el **camino de la vida**, hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, **delicias para siempre**.» (Sal. 16, 11).

Sacando conclusiones de esta doctrina, te encuentras con que quien no participa de la vida de Cristo Jesús, vive fuera de camino, extraviado y se pierde, pues no hay más camino que Jesús. Tampoco hay verdad en su vida mentirosa de quien vive fuera de Jesús; esta vida sólo sabrá

engañar y engañarse, pues toda la verdad está únicamente en Jesús y fuera de Él no existe verdad. Y tampoco tendrá vida divina quien vive fuera de Jesús, sino muerte eterna.

«JESÚS NO NOS ENGAÑA.

No nos lleva por caminos extraviados y sin salida el que es el camino, ni se ríe de nosotros con falsedades el que es la verdad, ni nos deja en el error de la muerte el que es la vida. Y porque Él mismo ha establecido estos nombres que indican favor para expresar su amor salvador por nosotros para llevarnos, como camino, a la verdad y, como verdad, darnos la vida, se ha de conocer cuál es el misterio que Él revela para que obtengamos la vida. “Nadie viene al Padre más que por mí”. El camino al Padre pasa por el Hijo.» (S. HILARIO DE POITIERS, *Sobre la Trinidad*, 7, 33; CCL 62, 300-301).

“Nadie va al Padre sino por mí”: Nadie va al Padre sino por el único camino, que es la Persona del Verbo, Jesús. Enfatiza Jesús la importancia de acudir a Él como única vía para llegar al Padre.

¿Dónde van y adónde llegan los que por Jesús no van? Si Jesús dice que éstos no llegan al Padre, ¿adónde llegan? –A Satanás, que es la antítesis del camino, de la verdad y la vida:

«Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais a mí, porque yo he salido y vengo de Dios; no he venido por mi cuenta, sino que él me ha enviado. ¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi Palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis.» (Jn. 8, 42-45).

¡Cuánto montaje inútil ha fabricado la fiebre mundanal del hombre mundano! ¡Qué inútil tanto esfuerzo febril! ¡Qué fracaso y confusión para el día de la cuenta!

“Si me conocierais a mí conoceríais también a mi Padre”: Esta misma reflexión había hecho Jesús a los fariseos:

«Entonces le decían: “¿Dónde está tu Padre?” Respondió Jesús: “No me conocéis ni a mí ni a mi Padre; **si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre.**”» (Jn. 8, 19).

Jesús predica la identidad con su Padre. Por ello, se tiene tanto conocimiento del Padre cuanto conocimiento se tiene de Jesús. Aquel conocimiento que un hombre puede alcanzar sobre la realidad espiritual de Jesús es realidad ontológica del Padre; no porque Jesús y el Padre sean la misma persona, sino porque Jesús y el Padre comparten numéricamente la misma naturaleza divina.

“**Ahora ya lo conocéis**”: Dado que los apóstoles en alguna medida conocen a Jesús, en esa medida ya conocen al Padre. La afirmación de Jesús es una preciosa constatación de una realidad gloriosa para sus discípulos, pero fundamentalmente es gloria para el Padre, que ya es conocido por el hombre a través de Jesús.

“**Y lo habéis visto**”: Con los ojos del cuerpo no pueden los discípulos ver a Dios, por otra parte, los ojos de los discípulos veían sólo a un hombre de carne y hueso, pero no a la Persona del Padre. Sin embargo, si Jesús dice que lo han visto, la visión del Padre no puede ser otra que visión espiritual; es decir, por las obras y virtudes que aparecen en Jesús pueden comprender cómo es el Padre, pues es igual al Hijo en perfecciones divinas.

Aquí queda desvelado el misterio del Padre en la medida en que el misterio se lo permite a la limitación humana. El Dios de los orígenes, que en Adán quedó oculto por su ocultamiento entre higueras, ahora es manifestado por la presencia de Cristo Jesús a Adán: el hombre.

“**Felipe le dice**”: Como está intrigado con lo misterioso que le resulta el lenguaje de Jesús, se atreve a dar un paso más pidiendo una visión del Padre:

“**Señor, muéstranos al Padre**”: Parece que Felipe pide una manifestación del Padre al modo que Moisés pidió ver el rostro de Dios:

«Entonces dijo Moisés: “**Déjame ver, por favor, tu gloria.**”» (Éx. 33, 18).

“Y nos basta”: ¿No te basta la presencia de Jesús, Felipe, para conocer al Padre? Por esta razón Jesús remite a Felipe hacia su Persona:

“Jesús le replica”: *–Hace tanto que estoy con vosotros”:* Jesús ha estado con sus discípulos menos de tres años. ¿Es mucho tiempo eso de menos de 3 años? Y, sin embargo, es verdad eso de *“tanto tiempo”*. No hace Jesús una valoración cronológica sino teológica de su estancia entre sus discípulos. Ha sido intensa la permanencia de Jesús entre sus discípulos, pero fundamentalmente Jesús se ha esforzado por manifestar al Padre. Para comprender nosotros la intencionalidad de Jesús, diríamos: *“Desde que os conocí os he estado manifestando incesantemente al Padre”*.

“¿Y no me conoces, Felipe?”: La pregunta orientada por Felipe para ver al Padre, la refiere Jesús de sí mismo, como si Jesús fuera el Padre. Pero Jesús no es el Padre, sino que es igual de grande que el Padre, y las virtudes que se ven en Jesús, esas son las virtudes del Padre.

“Quien me ha visto a mí ha visto al Padre”: Jesús viene a ser la manifestación visible de Dios al hombre: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El hombre debe trascender las sensaciones de los sentidos para remontarse hacia las esferas de lo sobrenatural y divino.

“¿Cómo dices tú: «Muéstranos al Padre?»”: Después de tanto tiempo insistiendo Jesús en la manifestación del Padre, no procede ahora pedir una nueva manifestación, como si hasta el presente no se le hubiera manifestado.

“¿No crees que yo estoy en el Padre”: Es la pregunta que sobre la fe hace Jesús en momentos cumbres de la vida del hombre:

Jesús se enteró de que le habían echado fuera (al ciego de nacimiento) y, encontrándose con él, le dijo: “¿Tú crees en el Hijo del hombre?”» (Jn. 9, 35).

Es también la pregunta que hace Jesús a Marta cuando va a resucitar a su hermano Lázaro:

«Todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?”» (Jn. 11, 27).

Igualmente le dice Jesús a Tomás: “¿No crees?” Pero Jesús espera mayor fe en Tomás, que ha acompañado a Jesús desde los orígenes de su vida pública, que en los demás casos.

“Y el Padre en mí?”: Si ya es complicado comprender que Jesús esté en el Padre, ¿cómo comprender ahora que, a la par, el Padre esté en Jesús? –Efectivamente, sólo se puede creer, no comprender.

La distinción de Personas no excluye la identidad numérica de naturaleza. Y lo mismo habría que decir del Espíritu Santo. Padre, Hijo y Espíritu Santo, diferenciados en tres Personas distintas, se identifican en una única naturaleza.

“Lo que os digo no lo hablo por cuenta propia”: Lo que Jesús habla y hace, lo habla y hace a la par por disposición del Padre, y a la par también por disposición del Espíritu Santo.

En cuanto a su **hablar** había dicho:

«Jesús les respondió: **“Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado.”** (Jn. 7, 16; cf. 8, 26, 28; 12, 49).

En cuanto a su **obrar** había dicho:

«El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: **lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo.**» (Jn. 5, 19).

Las obras “ad extra” son trinitarias. Jesús tiene tanto celo por la gloria del Padre, que insiste por activa y pasiva a sus discípulos para que reconozcan en Él al Padre.

“El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras”: Como Jesús tiene la misma naturaleza que el Padre y que el Espíritu Santo, las obras que hace Jesús son también obras del Padre y del Espíritu Santo. El misterio trinitario, aunque está velado, está aquí revelado en cuanto a su existencia, no tanto en cuanto a su esencia, que nos sigue quedando en el misterio.

Es sumamente hermoso y consolador considerar que toda la obra apostólica de Jesús ha sido también del Padre y también del Espíritu Santo. El amor que mostró Jesús a las gentes ha sido también amor del Padre y también del Espíritu Santo.

«EL PADRE ACTÚA CONJUNTAMENTE CON EL HIJO.

El Padre no nació de la Virgen; sin embargo, este nacimiento respecto de la Virgen fue obra del Padre y del Hijo. El Padre no padeció en la cruz; sin embargo, la pasión del Hijo es obra del Padre y del Hijo. El Padre no resucitó de entre los muertos; sin embargo, la resurrección del Hijo es obra del Padre y del Hijo. Ahí veis la distinción de personas y la inseparabilidad de operaciones. No digamos, pues, que el Padre hace algo sin el Hijo, o algo el Hijo sin el Padre. ¿Acaso los milagros que hizo Jesús nos inquietan como si Él hubiese hecho algo que no hizo el Padre? ¿Dónde dejáis aquello: “El Padre que permanece en mí, ése hace las obras”?» (S. AGUSTÍN, Sermones, 52, 14; RB 74, 25).

“Creedme”: Jesús ha pasado del singular “¿no crees?”, que le había dicho a Felipe, al plural “creedme”, que les dice a todos los discípulos, y con el que pide a todos fe en sus palabras y en sus obras.

“Yo estoy en el Padre y el Padre en mí”: Se destaca en este verso lo que llamamos en teología “perijoresis” o “circuminsesión”, es decir, que donde está una Persona divina, allí están las otras dos Personas. Allí donde está u obra una de las Personas de la Trinidad, están u obran las otras dos.

“Si no, creed a las obras”: Jesús acredita esta verdad con sus obras divinas. No cabe lugar para la duda. ¿Quién puede convertir el agua en vino, quién puede multiplicar los panes y los peces, quién puede expulsar al demonio, quién puede sanar al enfermo, quién puede devolver la vista al ciego, quién puede resucitar un muerto...?

“Os lo aseguro”: Es una de las acostumbradas expresiones solemnes de Jesús:

«En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.» (Jn. 1, 51).

Estas fórmulas las emplea Jesús para fijar la atención sobre una doctrina relevante en la vida de sus discípulos. En este caso quiere Jesús adoctrinarlos sobre la necesidad que tienen de **creer** en Él.

Ante la ida de Jesús al Padre, los discípulos encontrarán su consolación en el poder que van a recibir del mismo Jesús. Los apóstoles continuarán la obra iniciada por Jesús, pero fundamentalmente sentirán en su interior la presencia fortificante de Cristo Jesús.

“El que cree en mí”: La fe en Cristo es capítulo imprescindible para asumir el proyecto de Dios. Lo que pretende Jesús es que sus discípulos acojan en su corazón al mismo Jesús, como ovejas amantes de su Pastor:

«Mis ovejas **escuchan mi voz**; yo las conozco y **ellas me siguen**. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano.» (Jn. 10, 27-28).

“También él hará las obras que yo hago”: Estas obras son un milagro ininterrumpido. Pues bien, este poder divino para hacer las obras, los discípulos lo reciben de Jesús. La obra iniciada por Jesús continuará en sus discípulos hasta la consumación de los siglos. La Iglesia continúa en el hoy salvífico realizando las obras de Jesús en pro de la humanidad doliente.

«PODEMOS REALIZAR OBRAS SEMEJANTES.

Cuando quiso que se entendiera la semejanza de las obras, no la unidad, afirmó: “El que cree en mí, **hará también él las obras que yo hago**”. Pues bien, al interponer aquí [el adverbio] “también”, nos concedió la semejanza, pero negó la unidad natural. La obra del Padre y el Hijo es una sola, aunque no agrade a los arrianos.» (S. AMBROSIO, *Sobre la fe*, 3, 11, 91; CSEL 78, 141).

“Y aún mayores”: Se refiere fundamentalmente a la conversión de judíos y paganos a la fe, así como a la expansión de la Iglesia por todo el mundo conocido, más que a los milagros materiales obrados por Jesús.

“Porque yo me voy al Padre”: Esta es la razón por la que sus discípulos harán obras mayores que las de Jesús. La sesión del Hijo junto al Padre es sesión de la Iglesia junto al Padre. El Padre se enternece viendo

sentado a su derecha al Hijo como Cabeza de todo el Cuerpo Místico: ¿qué puede negarle?

Así como Jesús se va al Padre, los discípulos han de irse a Jesús:

*«Les dijo Jesús: “Yo soy el pan de la vida. **El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed. Pero ya os lo he dicho: Me habéis visto y no creéis. Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré fuera.**”» (Jn. 6, 35-37; cf. 6, 44).*

En el cierre del Evangelio de S. Marcos se anuncia el resultado de esta enseñanza de Jesús en cuanto a la eficacia de la actividad apostólica de sus discípulos:

*«Ellos salieron a predicar por todas partes, **colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban.**”» (Mc. 16, 20).*

“*Me voy al Padre*”: Indica Jesús que con la ascensión su labor histórica finalizará, pero que continuará su labor mediante sus discípulos, mediante su Iglesia, a través de los tiempos. No disminuirá su eficacia, pues Jesús se queda en su Iglesia hasta la consumación de los siglos:

*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que **yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.**”» (Mt. 28, 19-20).*